

Luis Marsans: los objetos del tiempo

C. A.

Con algo de maestro chino o japonés que sabe condensar en una línea el latido del mundo, discreto, silencioso, más allá de las modas y lejos de todo efectismo, Luis Marsans expuso su obra en la Galería Leandro Navarro de Madrid entre el 19 de septiembre y el 30 de octubre de 2002. Y no son frecuentes las ocasiones de contemplar los trabajos de este pintor catalán (Barcelona, 1930) que no goza de un renombre acorde con su talento: han pasado cinco años desde su anterior exposición, realizada en la misma galería. Lo primero que asombra, quizás, en Marsans, es la prodigiosa combinatoria de ligereza y rotundidad de su trazo; sus cuadros, cerrados y completos en su radical esencialidad, son a la vez una fuente abierta de sugerencias. Nunca imponen una evidencia: dejan que la mirada vaya construyendo sus posibilidades.

Convergen, al servicio de este propósito, la sutileza con que Marsans administra su gran dominio técnico y la inteligencia con que siempre evita sucumbir en la anécdota, por la que son devorados tantos pintores figurativos. Un ejemplo lo brindan sus paradigmáticos cuadros de estanterías cargadas de libros, en los que la admirable precisión de su ejecución puede inducir al equívoco de creerlos una aproximación casi hiperrealista, cuando son en verdad antes que nada rigurosas construcciones pictóricas, metáforas visuales: las palabras inscritas en los lomos de los libros nos parecen a primera vista familiares, pero la mirada atenta descubre que muchas de las letras que las forman, vagamente cirílicas o griegas, nos resultan extrañas, y lo que dicen, incomprensible.

Los edificios, los libros, los personajes proustianos, las flores, los metrónomos, las gafas, las velas, los relojes sorprendidos en un anaquel que pinta Marsans son objetos del tiempo, objetos moldeados por la memoria, el abandono, el silencio, dotados de una atmósfera onírica que confiere a cuadros como *Calle* o *Invierno* el misterio de lo evanescente.

Los fatigados, desmayados personajes de Proust emergen como ruinas fantasmales que brotan de un entorno que ya ha sido borrado. En la larga serie de trabajos que dedicó al mundo de *En busca del tiempo perdido*, Marsans revisita el *art nouveau* con una cierta distancia irónica, juega con

el patetismo de lo anacrónico; en otras obras, como *Dos figuras*, la finura de su dibujo parece impregnarse de un sedimento de clasicismo grecorromano.

Figuras humanas desprovistas de paisaje, paisajes urbanos desprovistos de figuras humanas. Casas desaparecidas que han dejado en sus medianeras pálidos colores, rastros, sombras de quienes las habitaron. Hitos señaladores del tiempo que ha pasado a través de ellos. La pintura de Luis Marsans viene a dar testimonio de un mundo que apenas entrevisto ya es recuerdo.



Luis Marsans: *Sur le piano*